

## Café San Marcos\*

*Claudio Magris*

Las máscaras están arriba, sobre el mostrador de madera negra taraceado que procede de la afamada carpintería Cante –afamada tiempo atrás por lo menos, pero en el café San Marcos los reconocimientos y la fama duran un poco más; incluso la de quien, como único título para ser recordado, puede alegar solamente –aunque no sea poco– el hecho de haber transcurrido años sentado a esas mesitas de mármol con el pie de hierro colado, que acaba en un pedestal apoyado sobre garras de león, y de haber dado de vez en cuando su opinión acerca de la adecuada presión de la cerveza y del universo.

El San Marcos es un arca de Noé, donde hay sitio, sin prioridades ni exclusiones, para todos, para toda pareja que busque refugio cuando afuera llueve a cántaros y también para los que carecen de pareja. A propósito, no he entendido nunca esa historia del Diluvio, se recuerda que decía el señor Schönhut, *shammes* que servía para todo en el contiguo Templo israelita, mientras la lluvia azotaba los cristales y el viento zarandeaba los grandes y empapados árboles del Jardín Público –al final de la calle Battisti, nada más salir del Café a la izquierda– bajo un cielo de plomo. Si era debido a los pecados del mundo, más hubiera valido terminar de una vez para siempre, ¿a qué destruir y luego volver a empezar desde el principio? Y no se diga que después las cosas fueron mejor; todo lo contrario, matanzas y crueldades a todo meter, y sin embargo ni un solo diluvio más, incluso la promesa de no extirpar la vida de la tierra.

Pero ¿por qué tanta piedad para con los asesinos que vinieron después y ninguna para con los de antes, ahogados todos como ratas? Él no podía por menos de saber que con cada ser vivo, animal u hombre, entraba en el arca el mal; aquellos de quienes se había apiadado se llevaban consigo los gérmenes de todas las epidemias de odio y dolor destinadas a desencadenarse hasta el final de los tiempos. Y el señor Schönhut se bebía su cerveza, seguro de que la cosa acababa ahí, porque él podía decir lo que se le antojase del Dios de Israel, incluso podía echar pestes de Él, todo quedaba en fami-

\* Fragmento del libro *Microcosmos*, de próxima aparición en editorial Anagrama. Traducción de J. A. González Sáinz.

lia, pero por parte de los demás hubiera sido una indelicadeza y, en determinados períodos, incluso una canallada.

Está usted completamente despeinado, vaya a arreglarse al aseo, le había dicho aquella vez la anciana señora. Para ir a los aseos, quien está sentado en la sala en la que se encuentra el mostrador tiene que pasar bajo las máscaras, bajo esos ojos que otean ávidos y atemorizados. El fondo que rodea esas caras es negro, una oscuridad en la que el Carnaval enciende labios y mejillas escarlatas; una nariz pende curva e indecorosa, buen gancho para agarrar a alguien que esté allí debajo y arrastrarlo a esa oscura fiesta. Parece —las atribuciones pictóricas son inciertas, a pesar de la paciencia con la que los estudiosos intentan cerciorarse como si el San Marcos fuese un templo antiguo— que esos rostros o algunos de ellos son de Pietro Lucano, que en la iglesia del Sagrado Corazón —no demasiado distante del Café, basta atravesar el Jardín Público o subir por la calle Marconi, que lo bordea— pintó los dos ángeles del ábside que sostienen sendos círculos de fuego, saltimbanquis de la eternidad a los que el artista se vio obligado, por los padres jesuitas, a alargar la faldilla casi hasta los talones, para no dejar al descubierto sus piernas andróginas.

Hay quien sostiene que alguna máscara es de Timmel, autor quizá de la de una dama de otra sala. La hipótesis es incierta; no cabe duda de que en esa época, hacia finales de los años treinta, «el preferido de la calle», como gustaba definirse el pintor vagabundo nacido en Viena que vino a Trieste a completar su autodestrucción, se concedía alguna que otra tarde soportable, capaz de distraerlo durante algún rato de su imposibilidad de vivir, en los cafés, regalando alguna pequeña obra de arte a este o aquel rico comerciante triestino, mecenas para quienes un artista no era sino un oso al que hacer bailar y tropezar, a cambio de generosas dosis de bebida que le permitían pasar la noche y que poco a poco lo iban mandando a pique.

Timmel se reinventaba su propia infancia, contando que la meningitis que padeció de niño era una mentira elucubrada por sus padres debido al odio que le tenían, y escribía, mientras su mente y su memoria se iban desmenuzando, el *Cuaderno mágico*, mezcla de fulgurantes destellos líricos y de espasmos verbales próximos a la afasia y desmigajados de la amnesia, que él llamaba nostalgia, deseo de borrar todos los nombres y todos los signos que enredan al individuo en el mundo. El paseante rebelde, que acabaría sus días en el manicomio, intentaba huir de los tentáculos de la realidad, ya antes de ese extremo refugio, encerrándose en una inercia vacía y vertiginosa, «arrinconándose ocioso y desinteresado» con las manos cruzadas, inmóvil y pagado de sentirse revolotear con la tierra en el vacío. Buscaba la pasividad y celebraba el fascismo, que lo liberaba de los agobios de la

responsabilidad y le ahorra el jaque de perseguir la libertad sin encontrarla, devolviéndolo a la sumisión de la infancia: «hace falta depender absolutamente para alcanzar la atmósfera beata».

El recorrido a través del Café y su estructura en ele, aunque sólo fuera para satisfacer lo que el decano Lunardis no ha querido definir nunca más que como una necesidad impelente, no es rectilíneo. Amado por los ajedrecistas, el Café se parece a un tablero de ajedrez y entre sus mesas uno se mueve igual que el caballo, torciendo continuamente en ángulo recto y volviéndose a encontrar a menudo, como en el juego de la oca, en el mismo punto de partida, en aquella mesa donde había preparado el examen de literatura alemana y donde uno se vuelve a encontrar, muchos años después, escribiendo y respondiendo a la enésima entrevista sobre Trieste, su cultura mitteleuropea y su decadencia, mientras un poco más allá un hijo corrige su tesis de licenciatura u otro, en la salita del fondo, juega a las cartas.

La gente entra y sale del Café, a sus espaldas las hojas de la puerta continúan oscilando, una leve bocanada de aire hace ondear el humo estancado. La oscilación tiene cada vez un aliento más corto, un latido más breve. En el humo flotan franjas de polvillo luminoso, espiras de serpentinas se desenrollan lentamente, lábiles guirnaldas al cuello de los naufragos afeerrados a sus mesas. El humo envuelve las cosas con una capa blanda y opaca, capullo en el que la crisálida quisiera guarecerse indefinidamente, ahorrándose el dolor de la mariposa. Pero la pluma que garabatea hiende el capullo y libera a la mariposa, que bate atemorizada las alas.

Sobre el mostrador relucen los fruteros y las botellas de champán, una pantalla con estrías encarnadas es una iridiscente medusa, las lámparas reverberan y fluctúan arriba como lunas en el agua. La historia dice que el San Marcos abrió sus puertas el 3 de enero de 1914 –a pesar de las resistencias para impedirlo del consorcio triestino de cafeteros, en vano revoltosos, ante la Imperialregia Luogotenenza– convirtiéndose en seguida en el lugar de encuentro de la juventud irredentista y también en un taller de pasaportes falsos para los patriotas antiaustriacos que querían escapar a Italia. «Todo muy fácil para esos jovencitos», rezongaba el señor Pichler, ex Oberleutnant en el frente de Galitzia durante las hecatombes del año 16, «se divertían de lo lindo con aquel trajín de fotografías recortadas y pegadas, era como bajar una de esas máscaras y ponérsela en la cara, sin pararse a pensar que es ella la que puede arrastrarte a la oscuridad y hacerte desaparecer, como aquella vez muchos de nosotros, en Galitzia o en el Carso... Y no exageremos con aquella famosa devastación del Café, el 23 de mayo del año 15, por parte de los esbirros austriacos... ya, esbirros, como si los comisarietes y la gente del sur que vinieron luego –de acuerdo,

fue una cosa fea, todo destrozado y hecho trizas, un Café tan hermoso... pero Austria, en su conjunto, era un país civil, el gobernador de Frieskene, durante la guerra, le llegó a pedir incluso disculpas a un irredentista como Silvio Benco por verse obligado a tenerlo bajo vigilancia especial, por órdenes superiores. Si existiera aún el Imperio todo permanecería igual, el mundo continuaría siendo un Café San Marcos, ¿y os parece poco, si echáis un vistazo ahí fuera?».

El San Marcos es un verdadero Café, periferia de la Historia caracterizada por la fidelidad conservadora y el pluralismo liberal de sus parroquianos. Pseudocafés son aquellos en los que sienta sus reales una única tribu, poco importa si de señoras bien, de jovencuelos de bonitas esperanzas, grupos alternativos o intelectuales al día. Toda endogamia es asfixiante; incluso los *colleges*, los campus universitarios, los clubes exclusivos, las clases piloto, las reuniones políticas y los simposios culturales son la negación de la vida, que es un puerto de mar.

En el San Marcos triunfa, vital y sanguínea, la variedad. Viejos capitanes de la marina mercante, estudiantes que preparan exámenes y estudian maniobras amorosas, ajedrecistas insensibles a lo que ocurre en torno a ellos, turistas alemanes atraídos por las pequeñas placas dedicadas a pequeñas y grandes glorias literarias antaño asiduas de aquellas mesas, silenciosos lectores de periódicos, pandillas festivas partidarias de la cerveza bávara o del vino verdejo, ancianos animosos que despotrican contra la perversidad de los tiempos, sabelotodos contestatarios, genios incomprendidos, algún que otro *yuppie* imbécil, tapones que saltan como salvas de honor, en especial cuando el doctor Bradaschia, nada de fiar a causa de varios delitos de estafa —entre los cuales incluso el título de licenciatura— e incapacitado por interdicción judicial, invita impertérrito a beber a cuantos están a su alrededor o pasan por delante de él, diciéndole al camarero, en un tono que no admite réplica, que se lo cargue en su cuenta.

«En el fondo, estaba enamorado de ella, pero no me gustaba, mientras que yo le gustaba, pero no estaba enamorada de mí», dice el señor Palich, nacido en Lussino, sintetizando una atormentada novela conyugal. El Café es un murmullo de voces, un coro inconexo y uniforme, salvo alguna exclamación que otra en una de las mesas de los ajedrecistas o, por la tarde, el piano del señor Plinio —a veces un rock, más a menudo música canalla de entreguerras, en tus ojos negros brilla ya el placer, el destino avanza con los pasos de unailable kitsch.

«Por el dinero desde luego ni hablar, figúrate si un tipo como el viejo Weber se dejaba engañar. Aparte de que la rica era ella y no él, y ella sabía muy bien que él no podría dejarle casi nada. A lo mejor para uno como

nosotros el pisito de Nueva York sería una fortuna, pero para ella no pasaba de ser una nimiedad. Fue él quien quiso casarse –lo dijo incluso Ettore, su primo, que llevaban casi cincuenta años sin hablarse, por aquella historia de la tumba de familia de Gorizia, de todas formas Ettore, cuando supo que al viejo, que luego resulta que tenía dos años menos que él, le quedaban pocos meses de vida, cogió el avión y fue a verle a Nueva York y el otro, casi sin esperar a que se sentara, le dijo que había grandes novedades, que se casaba la semana siguiente– sí, porque, le dijo, en la vida lo había hecho casi todo, menos casarse, y no quería pasar a mejor vida sin haber probado también el matrimonio. Y el matrimonio además, precisaba, con todas las de la ley, no se puede uno morir sin haber estado casado; de convivir son capaces todos, hasta tú –añadía, dándole a su primo una copa de licor de guindas Luxardo– con lo que ya está todo dicho. Y de esa forma, decía Ettore, después de haber atravesado el océano no tuve más remedio que beber un trago de ese dichoso licor de guindas que ya de joven, en Zara, me producía náuseas. En cualquier caso murió tranquilo –ahora que he rellenado la última casilla del cuestionario, como dijo– y hay que reconocer que no jorobó a nadie, ni siquiera en los últimos días, él, que siempre había sido una calamidad, se ve que el matrimonio le sentó bien».

Se alzan voces, se confunden, se apagan, se las oye a la espalda, preparándose para salir al fondo de la sala, un murmullo marino de resaca. Las ondas sonoras se alejan como los anillos de humo, pero en algún sitio quedan todavía. Quedan siempre, el mundo está lleno de voces, un nuevo Marconi podría inventar un aparato capaz de captarlas todas, infinito vocerío sobre el que la muerte no tiene poder; las almas inmortales e inmaterialidades son ultrasonidos que vagan por el universo. Así piensa Juan Octavio Prenz, que en esas mesas ha escuchado ese murmullo y lo ha transformado en novela en su *Fábula de Inocencio Onesto, el Degollado*, historia grotesca y surrealista que se teje y se disuelve con las voces que se cruzan, se superponen, se alejan y dispersan.

Nacido en Buenos Aires, originario de la Istria croata del interior, profesor italiano y escritor en español, Prenz ha enseñado y vagado por los más diversos países de esta y la otra orilla del océano; tal vez se ha quedado en Trieste porque la ciudad le recuerda el cementerio de barcas y mascarones de proa de Ensenada de Barragán, entre Buenos Aires y La Plata, que ahora vive sólo en un tomito de sus poesías. Se sienta en el Café San Marcos, sintiendo todavía sobre sí aquella mirada de los mascarones de proa corroídos por el viento y el agua, atónitos ante el acercarse de catástrofes que los demás no consiguen ver aún. Hojea la traducción de un libro suyo de versos. Una poesía está dedicada a Diana Teruggi, que fue su asistente en la